

LA OFENSIVA CHINA LLEGA A EUROPA

EDUARDO HARO TECLEN

El 9 de agosto, China y Libia establecieron por primera vez relaciones diplomáticas normales. En el comunicado que transmitió la agencia de noticias China Nueva no se hacía mención, como hasta ahora se ha hecho siempre, de que el nuevo país representado en Pekín "reconoce al Gobierno de China Popular como el único Gobierno que representa legalmente a todo el pueblo chino": ha sido la constante de su política internacional; forzó a las Naciones Unidas a expulsar a los representantes de Formosa —cuando aún vivía Chian Kai-chek— y a todos los países que han ido estableciendo después relaciones diplomáticas con Pekín a expulsar a los diplomáticos de Formosa. Con esta importante concesión, China entraba en el mundo árabe por una puerta importante: la de un país revolucionarista heterodoxo, rico por su petróleo, del que se dice que emplea su nueva riqueza para mantener movimientos disidentes no sólo en África y en Oriente Medio, sino en Europa. Era una parte de su ofensiva diplomática que está desplegando a tambor batiente en estos momentos con la visita de Hua Kuo-feng, sucesor de Mao, a Rumania y a Yugoslavia. La verdad es que las relaciones de Libia con Formosa están congeladas desde hace tiempo. La concesión de Pekín era mínima. Pero su importancia puede ser la de establecer un precedente importante. Que puede ser útil para el establecimiento de unas relaciones normales con los Estados Unidos. Estados Unidos se han negado siempre a este reconocimiento: mantienen una Embajada en Formosa, y algo más que una Embajada: toda la defensa y toda la economía de los chinos "nacionalistas", abandonados ya por el mundo, corren a cargo de Estados Unidos. Naturalmente, las relaciones de Estados Unidos y China Popular van más allá de lo que representan las oficinas de enlace que cada país tiene en el otro; mucho más allá de lo que

supondría la relación diplomática normal. Se habla de un eje Washington-Tokio-Pekín para Asia como contención —¿ofensiva?— de la URSS; la relación Washington-Pekín se extendería a África, podría entrar en Europa; podría estar entrando ya directamente en Europa del Este con el viaje de Hua Kuo-feng. Pero el establecimiento de relaciones a nivel de embajadores sería un gran golpe diplomático, cuyo dolor se sentiría profundamente en Moscú.

Tres días después de la firma del acuerdo diplomático con Libia, Pekín concluía unas negociaciones de la más alta importancia: la firma del tratado de paz con el Japón. Es difícil, desde Europa, comprender lo que significa este acuerdo: se habla de que de él puede surgir "una nueva Asia". Se saldan cincuenta años de guerras casi continuas, una desconfianza de siglos y una situación tensa. Al mismo tiempo, es un golpe duro contra la Unión Soviética, que lleva años —desde el final de la guerra— oponiéndose a este tratado. El golpe está dado, además de en el hecho en sí, en la llamada "cláusula antihegemónica": "Las altas partes contratantes declaran que ninguna de ellas intentará imponer su hegemonía en la región oriental del Pacífico, ni en ninguna otra región, y que cada una de ellas se opondrá a los esfuerzos que despliegue una nación o grupo de naciones para imponer tal hegemonía". Esa nación no es otra que la Unión Soviética, en el lenguaje chino actual. Cuando China, por razones diplomáticas que conciernen a sus interlocutores, no puede designar a la URSS por su nombre, habla de "una nación hegemónica". Hua lo ha empleado en Rumania, en Yugoslavia, y Moscú lo denuncia: "Los periódicos de Pekín están informando ampliamente sobre la visita de Hua a Bucarest como caracterizada, sobre todo, por una tendencia antisoviética. Destacan especialmente la declaración de Hua Kuo-feng sobre la lucha con-

tra el hegemonismo que, como se sabe, en la terminología china significa la lucha contra la Unión Soviética" (agencia Tass). El Gobierno japonés ha estado durante mucho tiempo luchando contra la inclusión de la "cláusula hegemónica" en el tratado. Por fin, se ha cedido. ¿Por qué ha cedido? Se alega, generalmente, que es una cuestión comercial: el volumen de intercambio entre los dos países es de 3.700 millones de dólares (cifra de 1977) y los dos países quieren elevarlo en los próximos ocho años a 20.000 millones de dólares. No sería suficiente si no existiese una continua presión de los Estados Unidos. En la ya histórica visita de Nixon a Pekín, en 1972, se planteó el tema, y Nixon firmó el comunicado de Shanghai conteniendo una "cláusula antihegemónica" similar a la que figura en el tratado con el Japón. 1972 fue un año definitivo para Asia; se levantó el contencioso de la guerra del Vietnam. Se franqueó el paso de las relaciones de China con Estados Unidos y con el Japón, sobre todo en el momento en que Vietnam, ya libre, entraba en la línea soviética. Por eso Radio Hanoi comenta ahora este acuerdo como una muestra "de las ambiciones expansionistas de Pekín" y añade que "en la región del Nordeste de Asia, los chinos buscan por todos los medios utilizar la potencia económica del Japón y atraer a este país a su órbita para realizar sus ambiciones". La agencia Tass escribe que "Japón ha cedido al 'diktat' de Pekín y ha decidido firmar el tratado sin condiciones, arriesgándose así a estar implicado en la política hegemónica de China. La política exterior de Pekín se caracteriza por la oposición al apaciguamiento y las provocaciones en las relaciones internacionales para atizar los odios entre los países". Mijail Dentchenko comenta: "Los pueblos amantes de la paz no pueden mantenerse indiferentes ante la conclusión del tratado chino-nipón, que amenaza la estabilidad de Asia. No permi-

tiremos a los hegemónistas chinos que revisen el mapa de esa región y que extiendan la esfera de su influencia". Pero el mapa de esa región está cambiando ya velozmente. Los recientes acontecimientos de la India —expulsión del poder de Indira Gandhi—, los de Pakistán, los movimientos en Afganistán, trazan ya una línea anti-soviética que parte desde el Irán —y, más allá del Mediterráneo, en Israel, Arabia Saudita, Jordania, Egipto, con la adición actual de Libia— hasta los confines del Norte en China. Es una parte del cerco gigantesco a la URSS.

Apenas estaba firmado el acuerdo con el Japón, se iniciaba el viaje del Presidente Hua Kuo-feng, sucesor de Mao, por tres países clave: Rumania, en plena zona de influencia soviética; Yugoslavia, o la más antigua de las disidencias comunistas con respecto a la URSS, y, finalmente, Irán, cabeza de esa nueva Asia. Podría ocurrir que los disturbios iraníes contra el duro poder autocrático y feudal del Sha, aunque están siempre latentes, se hayan agudizado en estos momentos como una respuesta soviética al viaje chino. Incluso con la necesidad de plantear al "huésped revolucionario" del Emperador la desgracia del pueblo. No son esos escrúpulos los que pueden contener, en estos momentos, a China, que no ha tenido inconvenientes en sumarse a las contrarrevoluciones de derechas en numerosos países cuando las revoluciones podían inclinar la balanza hacia la URSS.

Rumania es un punto clave en el mundo comunista del Este de Europa. Sin el estallido de Hungría, que fue claramente anticomunista; sin la utopía checoslovaca, que pretendía un reformismo profundo dentro del comunismo, pero con independencia de la URSS, Rumania viene sosteniendo una tenaz y antigua campaña para desprenderse de la tutela soviética e inclinarse hacia las democracias occidentales. Incluso a modificar el comunismo desde dentro, como



Hua Kuo-feng, en Bucarest; abajo, con el Presidente rumano Nicolás Ceaușescu.

LA OFENSIVA CHINA

quiso Checoslovaquia: pero sin estridencias. El distanciamiento de Rumania con respecto a la URSS viene desde el mismo final de la guerra: el grupo de los "moscovitas" del partido, que tomaron el poder conducidos por el Ejército soviético, fue rápidamente sustituido por los resistentes del interior: el jefe del partido obrero rumano (comunista) fue un hombre del interior, Gheorgiu-Dej, a cuyo lado se formó el actual secretario general, Nicolás Ceaucescu. La "rusificación" no pudo penetrar fácilmente en un país no eslavo, sino latino, con parentescos culturales con Francia y con Italia. En marzo de 1965, Ceaucescu reemplazó a Gheorgiu-Dej a la cabeza del partido; a fines de 1967, acumulaba los poderes de Jefe de Estado. Rumania ha mantenido relaciones con Tito, maldito de Stalin; ha recibido visitas de los grandes Jefes de Estado de Occidente —De Gaulle, Nixon—; ha acogido en su seno a los sospechosos eurocomunistas —Berlinguer; hace unos días estaba allí Marchais y ahora está Santiago Carrillo, de quien se rumorea que ha tenido una entrevista secreta con Hua Kuo-feng a orillas del lago Constanza— y ha sostenido relaciones con Israel; su ministro de Asuntos Exteriores, Manescu, ha sido el primer comunista elegido presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1967). De Rumania surgió la idea —luego patrocinada y magnificada por la URSS— de una conferencia de todos los países de Europa (ha sido la conferencia de Helsinki); de Ceaucescu parte la idea de disolver simultáneamente la OTAN y el Pacto de Varsovia. Y Ceaucescu acaba de proponer a Brejnev, con quien se ha entrevistado en los primeros días de este mes, la organización de una gran conferencia del movimiento comunista mundial.

Peró existen sospechas entre los "kremolinólogos" de Occidente de que Rumania, a su vez, está siendo utilizada por la URSS como "país puente", como punto de contacto avanzado entre el Este y el Oeste. En sus conversaciones con Tito, o con Nixon o De Gaulle, Ceaucescu puede haber llevado, con mejor voz que Brejnev y con menos reservas obligatorias, la voz del bloque soviético. Por eso no se descarta tampoco que

en las negociaciones con Hua Kuo-feng haya intentado también servir de intermediario. Las fuentes de información de los países comunistas resaltan que en las conversaciones entre los dos hombres de Estado ha habido "diferencias", como explica que en la prensa occidental se interpreta el viaje como una maniobra antisoviética. Está suficientemente claro que, a pesar de todas las sospechas de mediación —que indudablemente existen, desde el momento en que Rumania se negó a tomar partido cuando surgió la disputa llamada "ideológica" entre Moscú y Pekín—, Moscú hubiera hecho todo lo posible para impe-

Uo-feng en Rumania han sido cuidadosas, como las del comunicado final (que se ha hecho público tres días antes de lo previsto; posiblemente a petición de Ceaucescu, para cortar el paso a todas las especulaciones de que se trataría de un comunicado antisoviético); han evitado el antisovietismo crudo. Ciertamente ha elogiado a Rumania por su política de independencia, por su oposición "a la política de fuerza"; cierto que ha citado de pasada el tema del "hegemonismo" y que ha condenado "las grandes potencias que intentan dominar la Tierra"; mientras, Ceaucescu insistía en que la amistad entre chinos y rumanos no

venerar la memoria de Stalin; pero estos problemas ideológicos tampoco provocan demasiados escrúpulos entre los estadistas, a menos que se puedan utilizar para justificar otras cosas. Si Tito fue para Mao un "enano de rodillas de barro esforzándose desesperadamente en escupir al rostro de un gigante (Stalin)", hoy es un camarada, un amigo. Sobre todo, porque Tito, con toda la diplomacia verbal necesaria, ha utilizado la Conferencia de países "no alineados", hace unos días, para oponerse a la penetración de la URSS y de Cuba en África. Tema muy querido por los chinos.

La ofensiva, presente en China



"Larga vida a los amigos de los pueblos chino y yugoslavo", rezan los carteles de bienvenida al Presidente chino en Yugoslavia.

dir el viaje. Entre lo imposible está, naturalmente, una "desestabilización" de Rumania —parece que el pueblo rumano es solidario de su Gobierno y lo acepta, como defensor de su nacionalismo y su independencia y porque en realidad el progreso económico ha sido notable— ni mucho menos una invasión. Hubo otros momentos en que se pensó que podría suceder —a raíz de la de Checoslovaquia, hace diez años— y tanto Estados Unidos como Yugoslavia hicieron saber que defenderían a Rumania con las armas si fuera necesario.

Las palabras públicas de Hua

podía tener más objetivo que servir a la causa del socialismo y la de la paz en el mundo, y que ha aprovechado para colocar la fórmula rumana de que todos los países deben basar sus relaciones "en la igualdad y la equidad". No ha pasado de ahí la serie de alusiones.

Como no sobrepasa los límites en Yugoslavia. Se ha advertido, antes de la llegada de Hua, que la visita no debía interpretarse como antisoviética. Podría haber surgido, entre Hua y Tito, la vieja disputa antistalinista, porque Tito fue el primer desestalinizador del mundo, y China es la última nación en

desde hace muchos años, contra la URSS se acentúa, se acelera en China en estos momentos. En unos momentos en que la Administración de los Estados Unidos, bajo el nombre de Carter, ha elegido para ir más allá de la coexistencia, más allá de un equilibrio de armas y de zonas de influencia en el mundo obligadas por la "estrategia del terror". ¿Cuál es el papel de China en la gran ofensiva antisoviética? Sería probablemente ingenuo atribuirle un simple papel de "tonto útil", de instrumento de Washington. En un momento determinado, los chinos concibieron la idea de que

el verdadero peligro para su existencia física—incluyendo un ataque nuclear—venía de Moscú. Si se trata de una paranoia o de realidad es algo difícil de establecer. La realidad es que China se está produciendo verbalmente con síntomas de paranoia y de histeria, en política interior como en política exterior (como en todas las manifestaciones contra la "banda de los cuatro", a la que ahora se está acusando, por ejemplo, del exceso de consumo de tabaco por parte de los chinos), en un lenguaje difícilmente comprensible para Occidente. La sospecha de una destrucción masiva por parte de la URSS puede ser el motor de toda esta política. Es inútil advertir que, utilizada por Estados Unidos y Occidente, China sería el punto de ataque inmediato una vez que no fuera necesaria. Los dirigentes chinos pueden haberlo comprendido muy bien. La URSS, en su tiempo, debió saber, sin duda, que una vez utilizada como arma contra el nazismo y el imperialismo alemán, sería de nuevo condenada a la extinción. Pero las circunstancias históricas no le dejaron otro lugar a pesar del terrible esfuerzo de contracción ideológica—y nacionalista—que supuso el pacto germano-soviético. El eje Pekín-Washington (y Tokio) no supone, para la China comunista, una contradicción mayor que la que pudo suponer el pacto germano-soviético para la URSS y para los comunistas del mundo entero, que pronto tendrían que condenarlo.

Naturalmente, dentro de una lógica simplista, a nivel de militante y hasta de ideólogo, podría preguntarse si una unidad entre China y la URSS no sería un gran logro mundial. Aunque escribir la Historia como no ha sido, y como podría haber sido, es un ejercicio tan fácil como irresponsable, cabe suponer que si la URSS y China hubieran formado un bloque sólido, Occidente—los Estados Unidos—no habrían vacilado en declararles la guerra. Y en aquellos momentos quizá hubieran podido destruir a los dos países, a pesar de las frases de Mao considerando las bombas nucleares como "tigres de papel". No es imposible negar la posibilidad de que esto suceda en el futuro, vista la facilidad con que todas las naciones

cambian de aliados en estos tiempos. Y las consecuencias serían, sin duda, bélicas también.

Pero el mayor peligro para la paz en estos momentos es el de una reacción soviética contra un cerco que le está pareciendo ya insostenible. Mientras la OTAN avanza hacia el Sur de Europa—España—y puede penetrar fácilmente en África por la vía española hacia Marruecos, desestabilizando los países revolucionaristas del continente; mientras en Oriente Medio se la expulsa sobre todo a partir del cambio de alianzas de Sadat, y la expulsión de su carácter mediador y negociador se elimina también en la conferencia de septiembre de Camp David; mientras en Europa van creciendo los eurocomunismos y éstos denuncian concretamente la dictadura soviética y sus afanes expansionistas; mientras la campaña de los "derechos del hombre" y la propaganda sobre los disidentes va creciendo, China lanza ahora esta enorme maniobra política y diplomática, que amenaza con expulsarla definitivamente de Asia y con introducirse en los países de su órbita europea. Puede ocurrir que Moscú considere que su existencia como nación está amenazada a muy corto plazo, y que su régimen político está condenado. Y puede ocurrir, como consecuencia, que decida lanzar una serie de ofensivas, entre las cuales las puede haber de carácter militar, antes de que sea demasiado tarde. Si es que no lo es ya, y cualquier solución le sea imposible.

Históricamente, el cerco a Rusia comenzó en 1917 con el sostenimiento extranjero de la guerra civil y con el famoso "cinturón sanitario" de las potencias europeas. La situación actual puede considerarse como una continuación histórica de una acción que ya emprendió el Presidente Wilson—con el Imperio británico—frente a Lenin, y que ha tenido diversas etapas, durante las cuales no sólo la URSS, sino el comunismo, han ido conociendo una serie de expansiones y de estabilizaciones muy importantes; pero, paradójicamente, la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional no han conocido días peores, si exceptuamos los de la guerra civil en Rusia y los del avance del nazismo en Europa. ■

ORIENTE MEDIO

La guerra es posible

El 5 de septiembre se reúnen en Camp David (Estados Unidos, escenario de una famosa reunión de coexistencia entre Estados Unidos y la URSS de la que salió una fórmula de coexistencia, el espíritu de Camp David, ya agotada) el egipcio Sadat, el israelí Begin y el Presidente Carter, que adopta un papel confuso y deliberadamente ambiguo de mediador patrocinador, que quiere realizar lo que "Newsweek" llama "una tentativa evangélica" para producir la paz en Oriente Medio; pero de sobra se sabe cuál es la capacidad de presión y cuáles los intereses de Estados Unidos en la zona como para aceptar fácilmente que vaya a "neutralizarse". En otro aspecto, la conferencia es lo menos neutral posible. Por una parte, es una reunión decidida a no admitir la participación soviética en la zona, ni siquiera en el capítulo de los mediadores. Por otra, no van a figurar en ella ni ya los maltrechos palestinos, ni los desolados libaneses, sino ningún otro país árabe de los que están implicados en el enfrentamiento, que puede convertirse en contienda armada en cualquier momento.

Sadat busca desesperadamente alguna concesión. Desde que tuvo la desdichada iniciativa—u obedeció a las iniciativas de otros—de viajar a Israel, no ha conseguido nada que le justifique: Israel se ha fortalecido y Sadat no ha podido presentar nada concreto a los países árabes. Egipto ha entrado de lleno en la órbita de los Estados Unidos, se ha escindido de los países árabes y no solamente no se han disipado las posibilidades de guerra, sino que se ve cómo Israel continúa de una manera implacable su plan. Se propone en estos momentos realizar nuevas implantaciones—colonos, poblados permanentes, explotaciones—en cinco puntos de Cisjordania. El plan está ahora suspendido, después de haber sido convenientemente anunciado, hasta después de la conferencia de Camp David. La única concesión que podría hacer Begin a Sadat sería anular—más bien aplazar—este nuevo avance, que parece anunciado para poder renunciar a él en lugar de a otras cosas.

Sadat explica una y otra vez que no va a llegar nunca a hacer una paz por separado: que si quisiera la habría hecho ya. En realidad, no ha podido hacerlo porque Israel no le ha ofrecido nada a cambio y porque teme una reacción grave en los países árabes—con la excepción de los reinos feudales de Jordania y Arabia Saudita, incluidos también en la órbita americana—y la posibilidad de sufrir de todas formas una guerra en caso de que ésta estalle. Caso nada improbable. La Unión Soviética le sigue acusando: "Está dispuesto a aceptar sin ningún problema cualquiera condición que le dicte Washington, mientras Israel, alentado por la política conciliadora y las concesiones de El Cairo, mantiene una posición inexorablemente dura". Para la URSS, el tema es de primera importancia: una "paz americana" en Oriente Medio, precedida y continuada—como ya lo está haciendo—por una aniquilación de los palestinos y de los países que les sostienen o amparan, significaría un retroceso grande y una nueva posición de los Estados Unidos en la amplia política de cerco. Probablemente no desdeñará la posibilidad de sostener y ayudar una guerra local en el caso de que no vea otra solución.

Todos los indicios son de que la "cumbre" de Camp David no va a aportar nada concreto, desde un punto de vista positivo. Más bien puede suceder que tras el fracaso de esa conferencia Israel adopte posiciones más duras.